

LA SALUD PÚBLICA

No pensaba haberme vuelto a ocupar del asunto del tifus si no hubiera visto entre las afirmaciones lanzadas por las más altas autoridades algunas que me tocaban como consecuencia de mi artículo anterior, como quien no dejar bien sentada mi seriedad, voy a decir cuatro palabras a propósito de la cuestión.

Es muy cómoda la postura adoptada en esta materia por esas autoridades: en época normal, cuando se podía esperar trabajesen con objeto de impedir llegar a producirse estas epidemias que nos avergüenzan, ó, en caso de originarse, que hubieran los medios necesarios para hacerla desaparecer en varios días, permanecen tranquilamente sin experimentar la más ligera molestia. Llegado el conflicto, se les ponen de relieve las deficiencias con objeto de que las eviten, se les dice la verdad, sólo la verdad, y entonces se enfadan, hablan de fantasías, achacando casi el origen del tifus al que se atreve a protestar.

¿Es muy cómoda la postura adoptada en esta materia por esas autoridades? ¿Es que no se quiere salir de la situación actual? ¿De qué sirve todo el personal sanitario encargado de la vigilancia e inspección de la higiene, si deja pasar tranquilamente tamañas epidemias?

Ni una sola de las afirmaciones sentadas en mi artículo pueden ser rebatidas por nadie; no hay en él nada puesto con propósito de producir alarma ni agitación de ninguna clase; no hay más que un estado bastante malo de la higiene, visto por los ojos de un médico que no puede someterse a que en esto, como en todo, sigamos siendo una excepción en Europa; cuando se les abren los ojos a los que no quieren ver y se les habla fuerte a los que no quieren oír, toman la indicada postura de negar la evidencia.

¿Es cierto que la sala destinada a los tíficos estaba llena hace tres días?

¿Es cierto que en la misma están colocados hombres y mujeres, separados únicamente por un tabique de madera y una mala cortina?

¿Es cierto que allí no existen ninguno de los recursos necesarios para servir de sala de enfermos infecciosos?

¿Es cierto que la hermana de la Caridad encargada de la enfermería no se pone traje aislador de ninguna clase y luego va, como todas, a su departamento, pudiendo de este modo diseminar la enfermedad?

¿Es cierto que los enfermos salen con la misma blusa que tienen puesta en la sala y se mezclan con los demás compañeros del establecimiento?

¿Es cierto que ha habido varios casos de tífus dentro del mismo hospital?

Pues si todo esto es cierto, ¿qué negarlo y sostener que no hay posibilidad de transmisión, estando convencidos de lo contrario? ¿Habrá alguno que en vista de todas estas cosas no proteste y crea, como nosotros, que esa situación es insostenible?

Lo verdaderamente chocante es que habiendo ocurrido anteriormente otras epidemias en el Asilo de la Montaña primero, y en el de Tovar después, por la disposición higiénica de los mismos, se hayan consentido otra vez asilos como el de Fernández Latorre, no escarmentando de lo pasado.

¿Qué autoridades sanitarias tenemos que consenten se abra un asilo para albergar mendigos donde no hay baños ni está de desinfección y donde las mantas que sirven hoy a un asilado enfermo y lleno de miseria sirven al día siguiente para otro enfermo?

¿Y tal asilo está bajo la dependencia de un organismo como la Junta de represión de la mendicidad y protección a la infancia?

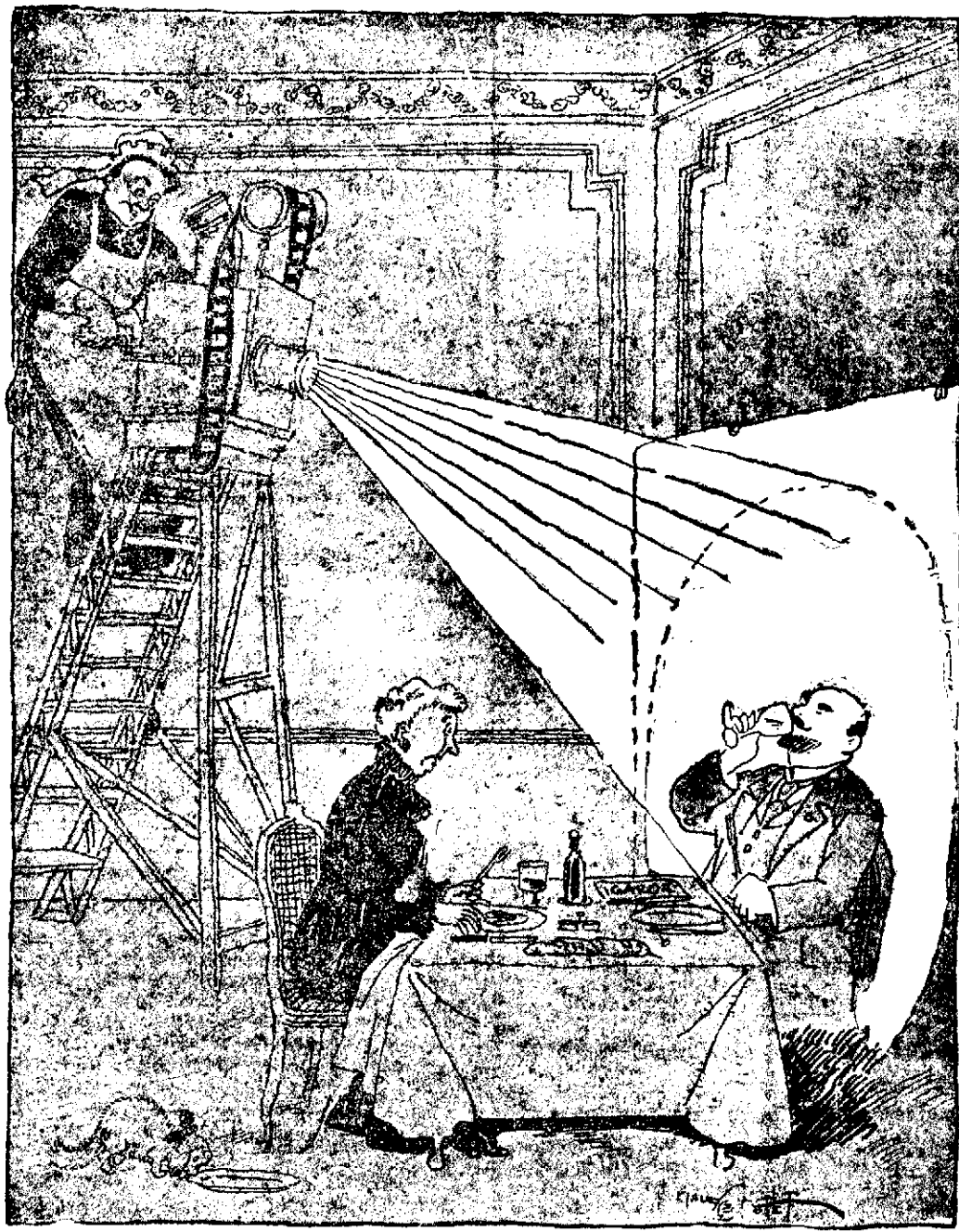
Lejos de mi ánimo tratar de provocar alarmas de ninguna clase; buena prueba de ello es que, en mi artículo anterior, sólo hablaba del estado de la sala del tifus en el Hospital provincial, con objeto de hacerla desaparecer y de que se tomaran las medidas necesarias para atajar la epidemia. ¿Se consiguió esto? Pues felicito a todos y me felicito por haberlo alcanzado; era mi propósito no hablar más del tifus después. No soy yo, que me pasé un año metido en el Cerro del Pimiento, hombre que se preocupa de un comienzo de epidemia; pero, en cambio, tengo la seguridad absoluta que, de no haber llamado la atención sobre la enormidad que representa meter los tíficos en el sitio donde están, allí hubieran continuado, haciéndose entonces una verdadera epidemia.

Si desde que padecemos las primeras epidemias del tifus se hubiera tenido en cuenta el modo de originarse, para evitar su repetición, y se hubiera puesto mano en el asunto del hospital de infecciosos, a estas horas no tendríamos necesidad de ninguna protesta, ni de indicar los delitos contra la higiene que se cometen con el consentimiento de todos.

Al contemplar estas cosas y ver la indiferencia con que las mira todo el mundo, se recibe la impresión de existir una falta de amor a la vida y una completa indiferencia a su posible pérdida.

Por la higiene, los pueblos se hacen fuertes y grandes, consiguiendo convertir la existencia en lo más agradable y duradera posible, alejando el espectro triste de las enfermedades. Pero, desgraciadamente, nosotros, a pesar de hablar todos los días del mejoramiento de la raza, seguimos en cuestiones higiénicas estancados en el siglo pasado.

EL "CINE" CONSOLADOR



Gracias a la película, puede la afligida viuda hacerse la ilusión de que come con su difunto marido.

(La película está tomada en un día de buen humor.)

(Del Pêta Mêle.)

Hagamos higiene, pero higiene verdad, sin temor a los gastos: toda cantidad empleada en ello resulta siempre al poco tiempo centuplicada.

DR. C. RODRIGO LAVÍN.

Explicaciones del gobernador

El gobernador civil, hablando ayer de los casos de tífus que se han presentado, quitó importancia a lo que se ha llamado epidemia.

Añadió que en lo que se refiere al Asilo de Galileo, ha habido equivocación al decir que se notificó al doctor Chicote que no hacían falta allí las desinfecciones.

Lo que ocurrió fue—dijo el Sr. Alonso Castriño—que el director del Laboratorio municipal me escribió diciendo que era imposible acudir al Asilo, por falta de personal para realizar dichas operaciones. Por este motivo se enviaban al Laboratorio las mantas del establecimiento para la desinfección.

Esta, según el gobernador, se venía realizando en el Asilo con cal viva y lejía, en vista de lo comunicado por el Sr. Chicote.

UN LOCO HOMICIDA

POR TELEGRAMA (DE NUESTRO CORRESPONSAL)

Castellón 27 (9,50 mañana)

En el pueblo de Cabanes se desarrolló ayer, a la puerta de la casa de José Laverría Ripollés, calle de Castellón, un sangriento suceso.

Cuando nadie podía presumirlo, presentose Plácido Selma Capdevila, de veintitrés años, con un cuchillo en la mano, diciendo a gritos que iba a matar a cuantos había dentro de la casa porque eran los demonios.

Al mismo tiempo cargó un tremendo golpe sobre José Catalá Valls, de veinte años, partiéndole el corazón y dejándole muerto.

Selma hirió también, aunque levemente, a José Laverría, logrando éste desarmarle y detenerle con ayuda de varios vecinos.

Laverría es hermano político del agresor. Al conducir la Guardia civil a Selma a la cárcel notaron que éste pronunciaba frases incoherentes, que inducen a creer que realizó el crimen en momentos de perturbación mental.

En Cabanes ha causado el hecho gran sensación.

NOTAS MILITARES

Andrinópolis sucumbió al empuje de los búlgaros y serbios; el asalto terminó en rendición; no fué a la manera de Numanzia ó Sagunto, ni al modo de Zaragoza; no salieron sus defensores a morir entre las llamas por no entregar sus personas al enemigo, ni defendieron la ciudad calle por calle, casa por casa, habitación por habitación, como en nuestra inmortal villa aragonesa. Pero es que de aquello de Zaragoza hay poco en la historia del mundo.

No obstante, Andrinópolis hizo por el honor de las armas todo lo que puede y debe hacer una guarnición heroica y bien mandada. Cuando la cintura de fuertes estaba rota, cuando toda esperanza fué perdida, los supervivientes de la plaza la entregaron. Pero las leyes de la guerra no se han cumplido: tras una rendición, el incendio no es lícito, el pillaje y el robo es mayor crimen: esas llamas de Andrinópolis, encendidas por la disciplina militar, no pueden ser antorchas del honor. Bravamente se condujeron durante el sitio los soldados de Chukri-bajá; pero mejor epílogo habrían puesto a su brava conducta entregando la propiedad intacta ya que no limitaron en su última etapa la defensa de los zaragozanos.

Cierto que, con los medios materiales de hoy, no sabemos hasta qué grado hubiera sido posible aquel batallar en las calles de Zaragoza. El cañón moderno no da lugar a muchos heroísmos si no se le contesta con el cañón.

Andrinópolis ha hecho verdadero una vez más el adagio de que plaza sitiada, plaza tomada. Un escritor francés, no muy galante, sin duda, con las damas, dijo que las mujeres y las plazas fuertes se han hecho para rendirse.

Dejamos lo que se refiere a las mujeres, y al autor francés el justo enojo de las damas. Las plazas fuertes se han hecho, sí, para rendirse, pero después de haber detenido largo tiempo a los invasores, dando espacio a la resistencia nacional para poner en juego todos sus recursos de resistencia, que quizá puedan atraer la victoria, amiga siempre del más tenaz.

La tenacidad de los búlgaros, a más de su preparación e inteligencia, ha sido el factor más importante del éxito; esos regimientos en que no quedó un solo hombre en pie son la nota épica de los combates. Es el eterno

vencer ó morir, es el propósito de alcanzar la victoria.

El sitio de Andrinópolis ha tenido las dos fases crueles de la guerra: combates durísimos é inclemencias insostenibles. Envueltos en la nieve han permanecido largo tiempo los sitiadores; multitud de centinelas y puestos carentes amanecieron sepultados; la constancia, la disciplina para sufrir resignados tantas fatigas, y el arrojo, la abnegación para lanzarse a la muerte han encontrado el premio merecido. En Serbia y en Bulgaria la alegría de la victoria no tiene más que una expresión: los vivos al Ejército.

Medrada recompensa, dirán algunos, para los liados de la guerra, para las viudas y los huérfanos, para las madres sin hijos, para todos los que lloran la pérdida de un ser querido; es verdad, eso es el dolor de la guerra; pero no hay dolor eterno; las lágrimas se secarán, y los que lloran dejarán de ser. En cambio, la grandeza de la patria quedará un hecho real y duradero, las generaciones venideras gozarán el fruto del sacrificio, la sangre vertida habrá marcado en la tierra conquistada el sello de propiedad.

Durante estos días pasados han llamado mucho la atención militar una serie de conferencias y un libro cuyo asunto es el estudio de nuestra zona de influencia en Marruecos. El autor, teniente coronel Donoso Cortés, es un veterano en las letras y en las armas y además un estudiante incansable, que presta a sus camaradas del Ejército el inmenso servicio de facilitarles la tarea de conocer, sin rebuscar volúmenes ni examinar mapas, el territorio donde la acción española se ha de desarrollar.

«Encontrará Donoso Cortés en las esferas oficiales ambiente favorable y ayuda para proseguir su utilísima labor?»

Este es uno de esos casos en que se justifican las comisiones espléndidamente retribuidas: los estudios, los conocimientos de aquellos que se dedican a un asunto concreto, no ha sido siempre la especialidad de nuestros gobiernos; pero ocasiones hubo en que se aprovecharon, y ésta, por su oportunidad, por su eficacia y por su importancia, merece la atención de los ministros de Estado y de la Guerra.

Sociedad Española de Higiene

Esta Sociedad celebró sesión el último martes, bajo la presidencia del Dr. Fernández Caro.

El Dr. Mañueco estudió la actual epidemia de tífus exantemático de que se vienen ocupando las autoridades en estos días. Exculpó a la Diputación provincial de toda responsabilidad, por ser muchas las cargas de beneficencia que pesan sobre ella. Propuso que en los terrenos del antiguo hospital de San Juan de Dios, de la calle de Atocha, fuera levantado otro edificio destinado a la hospitalización de enfermos venéreos y sífilíticos, cediendo al Estado el actual hospital destinado a esta clase de enfermedades para que pudiera ser utilizado convenientemente, pues las epidemias no pueden ser remediadas circunstancialmente, sino que deben ser evitadas previsivamente, y terminó encomiando el sistema de seguros que tantas ventajas ha proporcionado y proporciona al pueblo alemán.

Continuando la discusión del tema «El tanto en las escuelas de primera enseñanza», el maestro Bretón pronunció un interesante y muy erudito discurso, tratando de las exclusividades y valor educativo de la música. Dijo que en Alemania, pueblo fuerte por excelencia, la excepción es encontrar alguien que no sea músico, lo contrario de lo que sucede en España y otros países, donde el ser músico es una excepción; esto explica la frase del maestro Arrieta, diciendo que «los alemanes son músicos con aficiones a otras cosas».

Afirmó que los niños en las escuelas deben cantar todos, con tal de que canten cómodamente. Explicó con elogio el funcionamiento del colegio imperial alemán, de niños cantores, haciendo notar que este colegio fué fundado por Carlos VI, copiando el que creó en España Felipe II. Dijo que los actuales maestros cantores de las Escuelas Normales cobran 750 pesetas anuales, con el descuento del 12 por 100, siendo preciso dignificar a estos profesores sacándoles de su actual precaria situación, terminando su curso ensalzando las ventajas de la música en la educación social, fortaleciendo el alma de los muchachos.

Fuó muy aplaudido.

La señora doña Consuelo Álvarez censuró donosamente que los motivos de los cantos en las escuelas de primera enseñanza sean hechos históricos patrios ó cantos regionales, proponiendo fueran sustituidos por motivos científicos ó instructivos.

Fuó muy aplaudida.

Después, reanudada la discusión del tema «Importancia social de la hemorragia», el doctor Mañueco estudió el asunto desde un punto de vista eminentemente práctico.

Propuso que fueran creadas Policlínicas, donde se obligase a asistir a los enfermos curados de lesiones sífilíticas y venéreas en el hospital.

Censuró el actual régimen de libertad, que no existe en Estados como América del Norte y Dinamarca, donde la prostitución está abolida y penada. Dijo que no debe perseguirse tan sólo a las mujeres, pero reconoció la necesidad de hospitalizarlas para perseguir y

evitar el origen del contagio. Censuró la utopía de abolir la prostitución, mal necesario que debe ser reglamentado; pero que no puede pretenderse suprimir; si se tiene en cuenta todos los factores sociales que integran esta materia.

Trató brillantemente de la educación sexual en todos sus aspectos y modalidades, y habiendo pasado las horas de reglamento tuvo que interrumpir su discurso, que fué muy aplaudido, quedando en el uso de la palabra para la sesión próxima.

EL DUQUE DE MONTPENSIER

POR TELEGRAMA (DE NUESTRO CORRESPONSAL)

Roma 26 (8,15 noche)

Telegrafían de Brindisi que el yate «Mékong», del duque de Montpensier, nuevo pretendiente del Trono de Albania, ha zarpado de aquel puerto con rumbo desconocido.

EL VAN DER GOES

La Asociación de pintores y escultores ha tenido la satisfacción de recibir la siguiente carta de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando:

«Excelentísimo señor presidente de la Asociación de pintores y escultores.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Esta Academia ha acogido con excepcional entusiasmo el proyecto de impedir, por cuantos medios legales y económicos sean posibles, que el cuadro de Van der Goes salga del país y el de hacer que esta hermosa obra luzca como debe lucir en nuestra primera colección nacional.

Era cosa conocida que había de tomar esta actitud una Corporación que viene trabajando desde hace años tan silenciosamente como tenazmente en la defensa de lienzos de nuestros más geniales pintores, de esculturas tan notables por su belleza como por su significación histórica, de otras muchas joyas arqueológicas menos conocidas, pero no menos valiosas.

Como Corporación oficial, son muy escasos los recursos de que podemos disponer. Todo cuanto procede del Erario público está ya repartido entre diversas atenciones, y sólo contando con reducidísimos elementos propios podremos destinar la cantidad de 500 pesetas, muy pequeña para la magnitud de la empresa que se acomete, muy grande por la voluntad con que se envía.

Podrá recoger del señor habilitado de la casa la susodicha suma la persona competente autorizada por ustedes para ello el mismo día en que se firme el contrato de adquisición del cuadro de Van der Goes para el Museo del Prado, porque las disposiciones que rigen para la administración de nuestros fondos nos obligan a la práctica económica de no entregar cantidad alguna hasta el momento en que se realiza el fin concreto para que ha sido votada.

Aprovecha esta ocasión para ofrecerse una vez más de usted afectísimo s. s. g. b. s. m., Enrique Serrano Fatigati.—26 de Marzo de 1913.

Después de las listas publicadas se han adherido los señores siguientes: Don José María Rodríguez Acosta, 500 pesetas.

- Don Manuel Nogués Morales, 50.
- Don Luis Fernández Díaz, 50.
- Don Juan Vancell, 25.
- Don Amiceto Marras, 500.
- Don Federico Ferrándiz, 50.
- Don José Villegas, 1.000.
- Don Ezequiel Ruiz, 50.
- Señor marqués de Urquijo, 1.000.
- Academia de Bellas Artes de San Fernando, 500.

Mañana sábado, a las doce, se celebrará en el Frónton Central, ante notario y en la forma acostumbrada, el sorteo de los 20 surtidos de utensilios de cocina que regalamos a nuestros lectores.

La cesta del surtido número 20 contendrá un bolsillo con un BILLETE DE MIL PESETAS.

Círculo de la Unión Mercantil

Noticioso el Círculo de la Unión Mercantil de la expedición que el Comité de Comercio e Industria de Francia organizaba para Lisboa en la primera quincena del próximo Abril, de la que forman parte más de 200 individuos, y de acuerdo con las Cámaras de Comercio y de Industria de Madrid, ha telegrafiado al presidente de la Cámara de Comercio de España en París rogándole transmita a M. Mascaraud, presidente de la importante institución francesa, el deseo de estos Centros, representantes del comercio y de la industria madrileños, de que interruptan su viaje, deteniéndose en esta corte tres ó cuatro días, a fin de estrechar más los lazos de unión y afecto de estos organismos similares; confando en que aceptarían tal espontánea y sincera invitación, que con seguridad será bien vista por el gobierno de S. M., atento siempre á estas corrientes de inteligencia y simpatía entre instituciones tan valiosas é importantes.

Folleto 51

LOS SALTIMBANQUIS

por FELICIANO NACLA

—Vamos... daos prisa... id á lavaros las manos y volved en seguida para sentarnos á la mesa—dijo Francisca, mirándoles alejarse con furor.

—¿Qué demonios son! murmuraba.—¿Son decenas como dos corderillos? ¿Por qué quieres llevarlos?... Déjalos, te lo ruego, Fina... No te lo lleves.

—Y no recibiendo respuesta, Francisca añadió:—Con tal de no separarme de ellos, me iría al fin del mundo... donde tú dispusieras... ¿No me contestas?... ¿Tienes el corazón tan duro como una piedra?

—Es inútil que insistas—dijo secamente Fina.—Después de todo, no debes quejarte, pues de sobre saltes que no debían haber estado contigo tanto tiempo.

—Pues eso hace que los quiera como á las niñas de mis ojos.

—Y Francisca se echó á llorar, murmurando:—Pobrecitos míos... pobrecitos niños... qué será de vosotros.

—Escucha, Francisca, no me gustan las escenas ridículas... Cesa ya en tus lamentos.

—No lo puedo remediar... Es á más... fuerte que yo—gritó Fina.

—Bien está... Almorcen ahora tranquilamente—dijo con un tono más dulce Fina.— luego irá á hablar con los niños mientras haces tu paquete con sus ropas.

—Pero es posible, Dios mío!

—Si eres razonable, no tardará en volver á verlos.

Al oír que los niños volvían, Francisca se limpió los ojos con el revés de la mano.

El desayuno transcurrió tristemente; tan sólo Lilliette conservó su habitual alegría... Todo era motivo de diversión para aquella niña.

Una mariposa, una mosca, una hormiga perdida sobre el mantel bastaban para hacerla lanzar regocijados gritos.

Ella fué quien, hasta el momento de la separación, hizo compañía á Francisca.

Por su parte, Pablo, cuando regresó de su paseo con Fina, traía los ojos encarnados.

El pobre niño había comprendido que, tanto para él como para Lilliette, se acercaba un momento terrible.

Sin decir palabra, tan pronto como entró en la cocina y vió á Francisca ocupada en empacar sus ropas, lanzóse sollozando en sus brazos.

—No nos dejes ir!—decía.—¿No nos dejes ir... guardarnos contigo.

Lilliette lloraba también, aunque sin saber á punto fijo por qué.

—¿Mañana irás á vernos... ya sabes que me lo has prometido, abuelita!

—Sí... muy pronto iré... ¿No es verdad, Fina?

Esta última se ponía apresuradamente el sombrero.

—Vamos... anda—dijo.—Viste á los niños de prisa... Aún tenemos mucho que andar antes de llegar... al coche.

Francisca iba á interrogar á su hermana para conocer la distancia á que se espababa el carruaje; pero Lilliette no la dió tiempo.

—¡En coche... Lilliette va á ir en coche!—gritaba.—¡En un coche de veras... con un caballo de verdad!

Pablo, los ojos turbados por las lágrimas, la contemplaba con su retina envidiosa... Lo que á su hermanita la causaba alegría, á él le llenaba de tristeza.

—¿Hay que ser razonable, Pablito mío—dijo Francisca dándole los zapatos y el sombrero.

—¡Largo adiós!

—¿Y ya lo sabes... tienes que ir... no tardarme cerca de Lilliette...

Pablo y Francisca se abrazaron estrechamente... Sin poder articular un solo sonido... el niño demostraba á la buena mujer que su recomendación era innecesaria, y que sabría velar por su hermanita...

—No hay ya remedio!.. Pablo y Lilliette marchan por la carretera al lado de Fina, silenciosas y hurfanas... Veinte veces ha vuelto Pablo la cabeza para mirar á la pobre Francisca, que permanece allá, en el dintel de la puerta, inerte, los brazos caídos, no teniendo siquiera fuerza para llorar.

Ya sólo distingue su sombrero... y le parece que aquel sombrero le retiene todavía... que se acerca hacia ellos...

El pensamiento de que Francisca tal vez le sigue los pasos, redobla el valor de Pablo... Mira hacia adelante y ve que Lilliette camina graciosamente agarrada á la falda de Fina.

—¿Qué irán hablando? Antes de acercarse á ellas, Pablo quiere mirar una vez más atrás... ver el humo blanco que se escapaba momentos antes por la chimenea del Molino Verde...

Pero... ya no distingue nada... en pocos instantes, todo ha desaparecido.

El niño quisiera volver sobre sus pasos... ir de nuevo junto á Francisca, que tanto lloraba al verlos partir.

Pero se acuerda de su última recomendación: «Te confío á Lilliette, reemplázame cerca de ella...»

Y lanzando una última mirada en dirección á la cesta donde ha pasado seis años, prosigue su camino siguiendo á cierta distancia á Lilliette y á Fina.

De este modo llevaban ya cerca de una hora de marcha, cuando Fina se detuvo y esperó la llegada de Pablo, que sumiso en sus reflexiones, avanzaba con paso regular, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Lilliette, fatigada por aquella larga camina-

ta, aprovechó aquel momento de reposo para sentarse en la cuneta de la carretera, y, distraídamente, comenzó á formar un ramillete de margaritas...

—¡Vamos, niño!—exclamó Fina con tono agríndole, dirigiéndose á Pablo.—¿No ves que estoy esperándote?... Bien podrías andar más deprisa...

Pablo, al sonido de aquella voz, se detuvo... Hasta entonces había caminado tristemente, sin darse cuenta de lo que hacía... Aquel acento seco y duro le trajo bruscamente á la realidad... y sin responder palabra, apresuró el paso.

—Lilliette dice que está cansada—repuso Fina.

Al pronunciar estas palabras, volvióse para mirar dónde estaba la niña.

Pablo, en el mismo momento, distinguió á su hermanita tendida sobre la cuneta y durmiendo profundamente.

—¿Sacude á esa perezosa!—dice Fina.— ¡Pues está esto bueno!

Si nos paramos cada diez minutos, no llegarémos nunca...

—¿No hay pero que valga... á mí no se me contraste nunca—interrumpió la arpía, con voz breve.

—Lilliette no podrá...

—¡He dicho que basta!

Y como Pablo permaneciera inmóvil, Fina se acercó á un arbusto que crecía en el borde del camino, arrojando una rama, y agitando aquel látigo improvisado, gritó:—¿Qué es eso?... Te resistes, mala pécora?... Pues yo te haré andar á latigazos...

Pablo lanzó una mirada de rencor y de miedo hacia Fina, y acercándose vivamente á Lilliette, la ayudó con dulzura á levantarse.

—Ven—la dijo, abrazándola.—Vamos á jugar, hermanita.

La niña se frotó los ojos.

—¿Soñaba con la abuelita... ¿Dónde está?

—¡Allí, en casa!—dijo Pablo, arrastrándola suavemente...

Y los dos niños se echaron á correr... —¿No voyais tan deprisa!—gritó Fina.—¿No ver si se me pierden ahora!

Pero los niños seguían corriendo. Al cabo de media hora, Lilliette se detuvo jadeante...

—No puedo más—dijo—me duelen los pies... A los pocos instantes, Fina, bañada en sudor, llegaba junto á ellos...

A su vez se detuvo para tomar aliento...

—Oye, tú, niño—dijo, dirigiéndose á Pablo y dándole un golpe con el látigo.—¿Hay que ser obediente, ó te costará caro!

—He corrido para desahogarme á Lilliette... Basta de razonamientos... Anda, siguela desahogándose hasta el bosque aquel que se ve á los lejos.

—No puede más... mirela usted, señora, está llorando—dijo Pablo, prorrumpiendo á su vez en sollozos.

—¿No puedes andar, Lilliette?—preguntó Fina.

—Me duelen mucho los pies—contestó la niña.

—Pues te quedarás ahí sola... ven, Pablo... —No—exclamó éste valerosamente, — no quiero dejar sola á Lilliette...

Fina, con un brusco movimiento, atrajo á Pablo, y se dispuso hacer avanzar á Lilliette á latigazos, cuando se detuvo al oír los ladridos de un perro.

Anduvo algunos pasos y comenzó á agitar en el aire su sombrilla...

—Es una suerte—dijo—que esta terquedad no se haya producido antes... ¿Qué hubiera hecho entonces con este par de bronzuños?

Dos «roulottes» se acercaban, precedidas de un perrazo blanco, que se precipitó sobre Fina á riesgo de lumbiarla.

—¡Quieto... quieto, Pathos!—anda, ve á saludarle las pulgas á ese par de perezosos, que andan más despacio que las tortugas...

(Continúa en la página siguiente.)